

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 270

Valencia, 29 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

EL CO.
mandante del
"Palacio Val-
dés", llegado ayer a
Lorient, cuenta como
burló el bloqueo de
Gijón

LONDRES. — El comandante de la chalupa española "Palacio Valdés", que, procedente de Gijón, llegó ayer a Lorient, ha hecho al "Daily Herald" el siguiente relato de su dramático viaje:

"El miércoles, a las ocho de la noche, y bajo un terrible bombardeo, llevamos anclas. Desde el mar, los barcos de guerra rebeldes hacían fuego contra nosotros; desde el aire, los aviones italianos y alemanes nos lanzaban bombas.

Otros varios barcos de refugiados intentaron escapar también a favor de la oscuridad. Vi hundir a doce de ellos, alcanzados por bombas o por granadas. Otros fueron capturados y vueltos a la costa.

Después de una noche de incertidumbre, comprendimos, ayer por la mañana, que habíamos burlado el bloqueo. Estábamos en medio de la bahía de Vizcaya y no había ningún buque rebelde a la vista. Continuamos nuestra ruta hacia el Norte, pero a la caída de la noche un nuevo enemigo hizo su aparición: una tempestad."

El comandante del "Palacio Valdés" refiere luego cómo su barco, habiendo escapado a la tempestad, pudo socorrer a la tripulación de una chalupa francesa en peligro.

El diputado Sr. Gallacher pone al descubierto la hipocresía del Gobierno británico

La hipocresía del Gobierno respecto a la cuestión de los «voluntarios» y de las armas que se envían a España, fué desenmascarada, el jueves último, por el diputado William Gallacher, en el discurso que pronunció en la Cámara durante el debate sobre la cuestión internacional.

Más de una vez, las palabras de Gallacher hicieron poner en pie a Mr. Eden, el cual se esforzaba por contestar a los contundentes ataques del diputado comunista a la política filofascista del Gobierno.

En su discurso, que duró media hora, dijo Gallacher:

«El Comité de No Intervención ha vuelto convertido en una especie de juego del ratón y el gato, y en el que el ministro de Negocios extranjeros no es, por cierto, el gato. Ello no quiere decir que este Gobierno sea débil... No estoy conforme con la actitud adoptada, a veces, por algunos amigos míos que dicen que éste es un Gobierno débil y sin espina dorsal.

Es un Gobierno muy fuerte y muy peligroso, desde el punto de vista de la reacción de Europa. Representa, como lo demuestra la situación del presupuesto, a los grandes financieros del país, y está muy interesado en mantener la reacción en toda Europa.»

Después de referirse a los preliminares de la rebelión de Franco, dijo:

«La rebelión se ha convertido en una invasión. ¿Cree el ministro de Negocios extranjeros a Mussolini cuando éste dice que sólo hay 40.000 voluntarios italianos en España? Todo el mundo sabe que los componentes de la Brigada Internacional son hombres que han ido allí desde este país, desde América, y desde Francia, en su mayoría refugiados alemanes e italianos y son verdaderos voluntarios.»

Ningún Gobierno tiene dominio sobre ninguno de los hombres que luchan por el Gobierno español, ni responsabilidad por los instrumentos de guerra de que dispone la España gubernamental. Son voluntarios. Ahora desafío al ministro de Negocios extranjeros o a sus representantes a que nieguen esto:

«Es notorio que los soldados italianos que están en España no son hombres de Franco, sino que dependen del Gobierno italiano, de los generales italianos. Los alemanes que se hallan en la zona de Franco no son tampoco hombres que estén a las órdenes de éste; actúan bajo la dirección del Gobierno alemán. No son voluntarios en ningún sentido de la palabra.

Trátase de una invasión, y por ello no se puede comparar a los voluntarios de la Brigada Internacional con los ejércitos de Italia y Alemania, que están allí con propósitos muy específicos relacionados con el imperialismo italoalemán.

«Cuando atacamos a la no intervención, se nos acusa de querer la guerra.

Lo que vemos producirse, sin embargo, es que la agresión aumenta etapa por etapa, de tal manera que, más tarde o más temprano, si no se contiene, se producirá la destrucción general del mundo y de la civilización.»

Gallacher se refirió después al fracaso de la gestión realizada para contener la agresión en Manchuria, en 1931, y en Abisinia, en 1935.

«En España, continuó, hemos demostrado ya que la política de no intervención se estableció para impedir al Gobierno español que obtuviese armas.

Se nos ha dicho que lo único que los voluntarios hicieron fué ayudar a salvar Madrid. La Brigada Internacional, al llegar en el momento que llegó, demostró a las milicias españolas la solidaridad de espíritu de la clase trabajadora internacional, les dió nuevo valor y les permitió salvar Madrid.

«Tan pronto como se reconoció que la Brigada Internacional había contribuido a que Franco no entrara en Madrid, la nueva proposición del ministro de Negocios extranjeros fué la de deshacerse de los voluntarios. El, y todo el mundo, sabe que eso no impidió que le llegaran a Franco nuevos contingentes de hombres y una nueva y mayor ayuda; en cambio, sirvió para poner las cosas peor para el Gobierno español.

«El ministro de Negocios extranjeros no hace el menor movimiento que no vaya dirigido contra el Gobierno español.

Mr. EDEN: ¿Quiere explicar su señoría cómo la Conferencia de Nyon iba dirigida contra el Gobierno español?

Mr. GALLACHER: Estaba destinada a proteger la navegación británica.

Mr. EDEN: A proteger todas las navegaciones.

Mr. GALLACHER: Pero no la navegación que se dirigía a los puertos gubernamentales españoles. No tuvo que proteger a la navegación que se dirigía a Franco, porque los submarinos italianos y alemanes se encargaban de asegurarla. Lo único que el Gobierno nacional no quiso hacer fué dar protección a los buques, incluso a los buques con cargamento de víveres que iban a puertos gubernamentales.

Mr. EDEN: Su señoría está equivocado. Toda la navegación, excepto los buques pertenecientes al Gobierno español y con destino a puertos de la zona leal, está bajo el sistema de Nyon.

Mr. GALLACHER: Pero ellos pueden continuar la piratería en aguas españolas contra el Gobierno español. No existe la piratería contra Franco, porque son sus partidarios los autores de aquella. Italia es el pirata; todo el mundo lo sabe, excepto el ministro de Negocios extranjeros. No habiendo actos de piratería contra Franco, la piratería puede continuar...

Mr. EDEN: Pero no ha continuado.

Mr. GALLACHER: Pero puede llevarse a efecto en aguas españolas contra el Gobierno español. Toda la política del Gobierno ha sido dirigida contra el Gobierno español y en ayuda de Franco. Como dijo el jefe de la oposición, el Gobierno sólo se mostró enérgico cuando las rutas comerciales del Mediterráneo fueron atacadas por los piratas italianos.

«El ministro de Negocios extranjeros dijo que el Gobierno nacional no hacía sino reflejar la voluntad del pueblo de este país. Esto no es verdad. Podéis ir a cualquier punto del país; en todas partes oiréis que el pueblo quiere que se haga juego limpio con el Gobierno español. Quiere que el Gobierno español goce de sus derechos, de acuerdo con la ley internacional.

«Quiero lanzar al ministro de Negocios extranjeros un reto que ya le he lanzado anteriormente. Es éste: que todos los voluntarios de España son realmente voluntarios, y que no dependen de ningún Gobierno más que del español. ¿Lo niega?

Mr. EDEN: No lo sé.

Mr. GALLACHER: ¿Sabe, entonces, que las divisiones italianas en España no pertenecen a Franco, sino que están bajo la dirección del Go-

No Intervención

«Cuando las palabras no bastan es necesario recurrir a las armas. Así lo hicimos en España, donde millares de voluntarios fascistas han caído para siempre». (Palabras de Mussolini en su discurso del 28 de Septiembre en Berlín)

Cuando el fascismo recurre a las armas...

Las cifras de los bombardeos de Madrid, correspondientes al mes de agosto, acaban de ser publicadas. Sólo seis bombardeos —seis días— hubo en este mes, pero sus resultados fueron sangrientos. Siguiendo su táctica de los últimos meses, la artillería enemiga concentró su actividad, lanzando en un solo día, a veces en una sola hora, una verdadera lluvia de proyectiles sobre Madrid. Las víctimas se distribuyen como sigue:

6 Agosto	272 obuses	1 muerto	21 heridos	177 casas deterioradas
25 »	374 »	6 »	7 »	292 »
27 »	24 »	0 »	1 »	»
14 »	7 »	1 »	7 »	»
11 »	1 »	2 »	14 »	»
13 »	1 »	0 »	0 »	»

TOTAL: 679 OBUSES. 10 MUERTOS. 56 HERIDOS. EDIFICIOS SERIAMENTE DETERIORADOS: 589.

EL FASCISMO PASO DE LAS PALABRAS A LAS ARMAS.

EN LA PAGINA TERCERA:

Los "enterramientos" de la Cartuja

bierno italiano? Están mandadas por oficiales italianos. ¿Lo sabe?

Los soldados y aviadores alemanes en España tampoco pertenecen a Franco. Los aviones italianos y alemanes no son de Franco; pertenecen a Italia y Alemania, respectivamente. ¿Niega esto el señor ministro de Negocios extranjeros?

¿Cómo puede el ministro de Negocios extranjeros y el Gobierno llevar a cabo una política basada en esta farsa que causa tanto dolor? Ello es algo que no puedo concebir.

«Hasta que no nos deshagamos de este Gobierno y tengamos otro que se apoye en los deseos de la gran masa del pueblo, y siga una política de paz y progreso, nunca saldremos de los terribles conflictos que continuamente amenazan al mundo con la destrucción.»

(«Daily Worker», 23-X-937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Los labradores de España

BERNA, 20. — A veces se lee en la Prensa suiza que los labradores de la zona republicana se niegan a labrar los campos porque se les arrebató el fruto de su trabajo y no se les paga lo suficiente. Yo he podido comprobar durante mi viaje a España, que éste es uno de tantos bulos que hacen circular los mal informados, o los mal intencionados.

Si el labrador español ha tenido alguna vez interés en cultivar la tierra, es ahora; antes no era sino un criado de los grandes propietarios, algunos de los cuales tenían posesiones superiores en extensión a los cantones suizos. Estos hacendados, a costa del sudor de los labradores, pasaban el verano en las grandes capitales del mundo. Los que hayan visitado España antes de la revolución, habrán comprobado que el trato que daban esos señores a los campesinos era inferior al que damos nosotros a los cerdos o a las cabras.

¿Qué ocurre hoy? Las grandes haciendas pertenecen al Estado, el cual las entrega a los labradores para que las cultiven. Antiguamente érale indiferente al labrador sacar a la tierra mucho o poco provecho, pero ahora tienen un interés personal en que la cosecha sea abundante. En muchos lugares, las

mujeres, los niños y los ancianos sustituyen a los hombres jóvenes que están en los frentes defendiendo sus libertades. Viajando por la España leal, se observa que el terreno está más aprovechado que antes; por ejemplo: en los alrededores de Valencia, he observado que en el espacio que media entre naranjo y naranjo, de unos dos metros, se ha plantado maíz, cosa que no se hacía antes.

Los labradores cumplen con su deber para con el Gobierno, ya combatiendo en los frentes o cultivando intensamente los campos.

Los abogados yanquis piden que se levante el embargo de armas a la República española

Washington 27, 10 noche. — La Asociación de Abogados Norteamericanos ha publicado un comunicado criticando la actitud del Gobierno con respecto a la España leal y pidiendo que el Presidente Roosevelt levante el embargo sobre las exportaciones de armas, que «constituye una violación flagrante del Tratado Hispanoamericano de 1902».

Hay que salvar del asesinato en masa a la población de Asturias

Llamamiento en común de las Internacionales Sindical y Socialista

Las tropas de Mussolini y de Hitler lograron por fin, a fuerza de aviones, tanques y material de guerra, vencer la resistencia heroica de los mineros asturianos, que demostraron, con ella, hasta donde puede elevar el valor del género humano el amor a la libertad.

La agresión fascista consiguió pues, una nueva victoria en el momento mismo en que las dictaduras afirmaban cínicamente en Londres, su voluntad «leal» de no intervención.

Sin duda, esas potencias celebrarán una vez más, ruidosamente, este triunfo de sus armas y de su diplomacia. Pero que, al menos, las potencias democráticas europeas abran los ojos a la trágica realidad y comprendan sus deberes para con España, hacia la cual el artículo 10 del pacto les prescribe muy precisos deberes: para con ellas mismas cuya seguridad amenaza gravemente las victorias fascistas; y para con la humanidad toda, a la que aún pueden ahorrar el espanto de una guerra universal.

Mañana, como ayer, nuestras

Internacionales harán toda clase de esfuerzos para dar realidad a la seguridad colectiva. Hoy, tienen que cumplir un deber urgente: decenas de millares de hombres, mujeres y niños están expuestos a la más horrible matanza; hay que salvar esas vidas. Es necesario que las potencias ayuden, sin tardanza, a la evacuación de la población, prestando a esta obra humanitaria el concurso de sus flotas.

¡Que desde hoy las organizaciones afiliadas a nuestras In-

ternacionales hagan las gestiones necesarias cerca de sus gobiernos! ¡Que pongan en guardia a la opinión pública!

¡Hay que salvar la vida de la población asturiana!

¡Hay que salvar la libertad de España!

¡Hay que salvar la Paz!

W. M. Citrini, presidente, W. Schevenels, Secretario general de la F. S. I.; L. de Brouckere, Presidente; F. Adler, Secretario de la I. O. S.

(«Le Peuple», 23-X-37.)

Italia y Alemania incrementan su actividad en España

Paris 27, 10 noche. — «Le Populaire» publica una información de Gibraltar, según la cual el Cádiz continúa el desembarco de material de guerra. Actualmente dos barcos hospitales italianos descargan material de guerra en el arsenal de Matagorda. Por otra parte, el «Deutschland» ha llegado a Algeciras.

El periódico de la Federación de los ferroviarios ha denunciado al

ministro que el 20 de octubre a tren 4.081 transportó 17 vagones con 43 automóviles a Hendaya. Un vagón cerrado procedente de Italia pasó la frontera sin que se verificara su «carga». El 20 de octubre pasaron también 17 camiones tractores. Todo este material va dirigido a un tal Fernández, en Hendaya, que lo envía Franco.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título original de Silvio Trentin

(Continuación)

fiado a la autoridad local de policía. En este documento, verdadero pasaporte para el interior, se obliga muchas veces al titular a estampar sus huellas dactilares.

Ordinariamente, la autoridad de policía concede derecho —rodeándose de toda clase de garantías— a las peticiones que le son dirigidas a ese respecto. Pero, en principio, le pertenece, de por ley, el poder de negar la entrega de la tarjeta a los sospechosos, los cuales pueden así, ser encerrados en todo momento de una manera indirecta, pero permanente, dentro del término municipal en que vivan habitualmente.

No hay que decir que no se concede ningún medio de apelación, ni aun por vía administrativa, en favor de los ciudadanos cuya petición haya sido denegada.

Para las clases aldeanas, la anulación así realizada de toda libertad de locomoción tuvo como resultado inevitable su servidumbre a la gleba, sobre todo en lo que se refiere al proletariado agrícola. Por este procedimiento, el fascismo pudo, una vez más, reunir las manifestaciones más características de la civilización que pretende encarnar en las fuentes más originales del oscurantismo de la Edad Media.

La fórmula estereotipada puesta a disposición de los prefectos para alcanzar este fin fué la siguiente:

En vista de las instrucciones enérgicas dadas por el Gobierno nacionalfascista con el fin de poner término por razones económicas, sociales y morales, la emigración de las masas rurales a las ciudades, y en consonancia con el artículo tercero de la ley municipal y departamental y con el artículo tercero de la ley sobre la seguridad pública, se dispone: toda persona o familia que desee abandonar el término municipal de su residencia para trasladarse a la capital del departamento, debe solicitar la autorización del prefecto, el cual decidirá, por VIA DISCRECIONAL, después de examinar los motivos, si ha lugar a conceder la autorización solicitada.

Naturalmente, y más aún que los desplazamientos de un término municipal a otro dentro de las fronteras de la patria, la emigración al extranjero fué objeto, en ese período de gestación frenética del nuevo derecho imperial, de los cuidados y de

las investigaciones más minuciosas por parte del Poder ejecutivo.

Como en principio, toda emigración tiene o puede tener un carácter permanente, es decir, que es susceptible de implicar el abandono definitivo del suelo natal, fué prohibida. Sólo se permitió la emigración temporal.

No se podía, claro es —por falta de oxígeno—, cerrar herméticamente todas las puertas de comunicación con el exterior. Pero, a pesar de las facultades cuyo ejercicio permitía esta tolerancia, no fueron admitidos, naturalmente, más que los ciudadanos fascistas, que son los que ejercían toda garantía de fidelidad al régimen y eran idóneos, si llegaba el caso, para llevar a países heréticos, el testimonio de la irresistible irradiación de la potencia mussoliniana.

Los ciudadanos no fascistas, o considerados como tales, fueron, por el contrario, obligados a quedar, en todo momento, a disposición del partido dueño del Poder, de manera que constituyesen al alcance de la mano, el objeto previamente escogido de sus represalias eventuales. A sus familias también les fué despiadadamente prohibido franquear las fronteras, aun cuando solicitaban ir al extranjero para reunirse con sus parientes ya emigrados.

Fué en esa ocasión y animado de ese deseo cuando el legislador fascista inventó —mostrando con ello su singular aptitud para abrir al Derecho penal de los pueblos civilizados, perspectivas inéditas—, el crimen, hasta ayer inconcebible, de la expatriación clandestina. Toda tentativa de infringir la obligación de los rehenes antifascistas, de no abandonar el territorio del Estado, vino así, ipso jure, a adquirir el carácter de acción criminal de las más peligrosas, lo cual permitió dar legitimidad a la persecución y a la represión por las sanciones y los procedimientos más severos, a veces, hasta los más salvajes.

Según el artículo 160 de la ley sobre la seguridad pública..., *quienquiera que sin estar provisto de un pasaporte o de otro documento que tenga el mismo valor en virtud de los acuerdos internacionales, se expatrie o trate de expatriarse, será castigado, cuando el hecho esté determinado por motivos de orden político, con una detención no inferior a tres años y una multa no inferior a veinte mil liras.*

Para impedir el paso abusivo de la frontera, cuya guardia está confiada a un triple cordón de policías (aduaneros, carabineros y *camisas negras*), a las órdenes de la milicia, la ley autoriza el uso de las armas.

Estas disposiciones, de una severidad inusitada, alcanzan no sólo a los adversarios políticos del régimen que intenten refugiarse en el extranjero, sino también a todo aquel que ose darles asilo o prestarles ayuda o asistencia. Por razones análogas, en la antigua Rusia de los zares, antes de la abolición de la esclavitud, la ley consideraba delito la protección a un siervo fugitivo.

No debe creerse, sin embargo, que con este lujo de precauciones y un aparato tan terrorífico, el fascismo haya conseguido emparedar a sus adversarios.

El aire de una cárcel se hace, más tarde o más temprano, irrespirable y llega siempre el momento para los que se niegan a aceptar como irrevocable su desgracia, en que los riesgos de la evasión, por graves que sean, parecen insignificantes comparados con el dolor atroz que produce la asfixia lenta.

A partir del mismo día en que entró en vigor el nuevo régimen de los pasaportes, no transcurrió una semana sin que los alambres barbados de que está erizada la línea de la frontera para hacerla infranqueable, no fuesen forzados, o rotos por jóvenes ansiosos de libertad, hombres y mujeres de todas clases y todas las edades, llevados a lanzarse a la peligrosa aventura por los mismos afanes que impelen a jugarse la última carta. Algunos perdieron allí la vida. Pero la mayor parte pudieron llevar valientemente al extranjero su fe y su voluntad de lucha, enriqueciendo sin tregua los cuadros de la Italia proscripta.

Merced a las medidas que acabo de recordar, el fascismo realizó la abrogación íntegra del Estatuto de la emigración, tal como fué establecido por la antigua legislación democrática. Pero ello no le dispensó: de todas suertes —pues las condiciones demográficas del país le obligaban de una manera categórica— de mantener y proseguir concretamente una política propia de emigración.

Lo que fué esta política a partir de 1926, necesito precisarlo en detalle; como su finalidad esencial continuaba siendo la de ligar a la suerte de la dictadura —a costa, si era preciso, de las más odiosas mentiras para los explotadores, y de los más grandes sufrimientos para los explotados— la de las masas trabajadoras, obreros y campesinos, éstos no tuvieron más remedio que someterse, según las vicisitudes de la vida internacional y las sugerencias del maquiavelismo llamado a presidir la creación del Imperio.

No se podría apreciar mejor esta política señalando en unas cuantas palabras las repercusiones que no tardó en tener en la solución del importantísimo problema referente al traslado a Francia de la mano de obra italiana.

De 1928 a 1930, las fronteras francoitalianas quedaron prácticamente cerradas para la emigración clandestina. Cuanto más se ampliaba la capacidad de Francia para absorber la mano de obra italiana, tanto más se multiplicaban los obstáculos opuestos por las autoridades italianas a la salida de los obreros, deseosos de ir a Francia. Para hacer que los tronos franceses renunciasen a toda tentativa de contratar trabajadores de Italia, el Gobierno fascista llegó a pretender —con desprecio del convenio de 1919, que regulaba las relaciones entre los dos países en materia de emigración— que toda petición de contrata debía dirigirse a las autoridades italianas sin ninguna especificación tendente a identificar a una manera nominal a la persona del obrero que se deseaba contratar, de suerte que le fuese reservada al Gobierno la facultad de designar a su tojo al emigrante digno de ir al extranjero.

(Continuará)

Los "enterramientos" de la Cartuja

En un altozano, a tres kilómetros de Burgos, dominando la ciudad y su vega extensa, se eleva la Cartuja de Miraflores, monumento bellissimo de estilo irreprensible.

Ciertamente, el ambiente es acogedor; retirada de la ciudad, en aislamiento completo, su figura destaca en la aridez de la tierra castellana. Traspuerta su entrada, aparece a la derecha, un jardín tranquilo, cuidadosamente atendido; en su centro, una fuente rústica salmodia el rito del agua. Por senderos, que hablan de pisadas silenciosas y místicas, transita algún cartujo.

Separado por un muro, al otro lado del jardín, un pequeño e impresionante cementerio, salpicado de cruces sencillas, tiene como fondo la huerta grande, espléndida, y en horizonte, ya más lejano, un tupido bosque cuya linde o término no llega a divisarse.

En su parte de poniente, el caserón vetusto, de largos y blancos corredores, y en el centro de ellos, donde convergen, el cuadro de distribución de horas y trabajo para los hermanos. Con ello se evita toda palabra innecesaria. A la izquierda, la capilla íntima, y adjunta, la oficial, con su valiosísimo retablo, la estatua de San Bruno, fundador de la Orden, y el inigualable sepulcro de los padres de la reina católica Isabel.

Impresionado del ascetismo, de la verdadera religiosidad que emanaba de aquel ambiente, visité varias veces la Cartuja. El padre Prior, un sabio presbitero, se hallaba enfermo de cuidado, y como yo mostrara interés en visitarle, me acogió cariñosamente, hablándome con tranquilidad de su muerte cercana y de su deseo de que el tránsito le ocurriera en la ciudad de Zaragoza, donde nació. Hablaba del tránsito fatal, como si se tratara de un traslado en un destino o empleo. No volví a verle más, y posteriormente he sabido que los padres, cumpliendo su deseo, trasladaron su cadáver a Zaragoza.

Desde que tomé posesión de mi cargo en Burgos, acudía frecuentemente a oír misa en la Cartuja. En la capilla, pequeña e íntima, sin joyas ni vestiduras valiosas, el Sacrificio, distinto en rito a los de la Iglesia romana, por privilegio de la Orden, tenía para mí un encanto especial. Al despuntar la mañana, oficiaba el padre a quien por turno le correspondía, sin personas extrañas, ante la Orden solamente, los jardineros, algún guarda de la finca y yo. ¿Cuán distinta esta misa sencilla de las falsas exhibiciones domingueras de la ciudad!

Después, paseaba frecuentemente por el jardín con el padre Procurador, que tiene a su cargo la administración de la comunidad. Era un hombre simpático, llano y de conversación interesante. Yo le expresaba mis ideas liberales y democráticas, aunque moderadas, en abierta contradicción con las costumbres hipócritas y el pensamiento oscuro de Burgos, y él me atendía afablemente.

—Yo prefiero —me decía— conversar con personas como usted. No tenga reparo alguno en decirme su pensamiento. Usted tiene una formación cristiana deformada por el liberalismo intelectual moderno, pero es usted religioso en el fondo, aunque con abulia y prevención contra los ritos externos. Pero no tiene razón; fíjese en su carrera, la Justicia: también necesita su etiqueta externa, sus fórmulas rituales.

Confiado, yo le expresaba mis dudas, mi malestar en aquella sociedad fanática dominada por los prejuicios y el qué dirán.

—Le he tomado afecto —me contestaba—, y voy a darle un consejo. Márchese usted de Burgos; no podrá vivir en este clima con su formación espiritual. Podría estar aquí, entre nosotros, que le discutiríamos de buena fe y con ánimo leal de convencerle, pero abajo, en la ciudad, sólo hallará obstáculos y enemistades. Vuélvase a Madrid y no pierda este cultivo religioso fomentado en esta cartuja; y cuando se halle en la capital y oiga usted hablar contra la religión en los ateneos y círculos, acuérdeselo de nosotros que de verdad la sentimos y practicamos. Por eso, se habla de revoluciones, de motines, nada nos preocupa. Varias veces, la autoridad temerosa, ha querido enviar fuerzas a custodiarnos, a protegernos, y siempre hemos contestado lo mismo: *«Nosotros no necesitamos protección, porque no tenemos enemigos, y no tenemos enemigos porque no hemos odiado al pueblo, sino que le hemos comprendido y acogido, y diariamente cientos de pobres encuentran aquí el alimento y el techo que la ciudad les niega. Nada tememos del pueblo.»*

Así hablaba el padre Procurador en mayo de 1936. En el mes de julio siguiente ocurrió el alzamiento militar y tardé muchos días en volver por la Cartuja. Las ocupaciones de mi cargo, aumentadas por la situación en la guerra civil desencadenada,

El juez y yo regresamos apesadumbrados y en el sumario abierto aquel día hay un título anodino y vulgar, pero cuya verdad e importancia algún día habrá de descubrirse: "Hallazgo de un cadáver desconocido en la Quinta de Miraflores"

me impidieron aquellos tranquilos paseos, y por otra parte, se me hizo ver por alguna autoridad, la conveniencia de que acudiera a la misa solemne los domingos con todo el personal de mi dependencia. Así lo hice y en la misa de gran afluencia, de exhibición oficial y aparatosa, de ambiente guerrero, rodeado el altar mayor de uniformes y armas, evocaba tristemente aquella misa pequeña y callada de la Cartuja.

La voz del sacerdote en el púlpito hablaba de guerra y odios; en la Elevación, la marcha real patriótica y chirriante, las bayonetas caladas en el sagrado recinto, todo ello me producía pena y repugnancia.

Un día, el 20 de agosto siguiente, volví a la Cartuja, pero volví con carácter oficial, con el Juzgado en pleno y para una actuación siniestra que jamás se borrará de mi memoria.

A primera hora de la mañana, y como ocurría casi todos los días, fué requerido el Juzgado de Instrucción para levantar un cadáver. Uno más, de los muchos caídos en aquellos días sangrientos; pero el sitio donde apareció, nos causó gran extrañeza: en la Cartuja.

Con el corazón lleno de angustia, pisé de nuevo el jardín del monasterio. En él, el padre Procurador nos esperaba cordialmente. Tuvo, en particular para mí, una afectuosa acogida, quizá excesiva, pero que yo agradecí y valoré sinceramente. Mis ideas liberales, en aquellos días de pasión clerical frenética, aun en su moderación, podían serme fatales, y aquella posibilidad era percibida por el buen cartujo.

—Nos han avisado, Padre, de que hay aquí un cadáver —dijo el juez.

—Efectivamente —respondió aquél—, pero no aquí, sino en el bosque.

Hacia él, dirigimos todos nuestros pasos, y conducidos por el guarda, llegamos a una parte en que el muro, completamente derruido, permitía el libre acceso al interior. Allí en una pequeña explanada, nos señalaron el sitio donde apareció sepultado. La tierra, ligeramente removida, descubrió un cuerpo exánime.

No se me olvidará nunca aquel cuadro. He levantado, en mi profesión, cientos de cadáveres, en accidentes de todas clases: destrozados por el tren, mutilados por una máquina, ahogados, acuchillados, pero en ninguna ocasión me he impresionado tan fuertemente como en esta exhumación realizada en el fondo sombrío del bosque cartujano.

Trabajadosamente, fué sacado de la fosa el cadáver. Enterrado desde hacía algunos días, un hedor insoportable, sospechoso para ser producido sólo por uno, hacía irrespirable la atmósfera.

Cubierto el descompuesto rostro por un pañuelo ensangrentado y con las ropas de un tinte terroso y sucio, aquel cuerpo desenterrado, parecía en mueca trágica dirigirse a nosotros en demanda de justicia. Cubrían los pies unas negras botas de paño que facilitaron después su identificación.

El médico forense, un viejecito bonachón y abnegado, lo examinó formulariamente. No ofrecía interés alguno; había sido, como todos, acribillado a balazos y ostentaba también los vestigios de los consabidos tiros de gracia.

Consternados, presenciábamos el traslado de aquellos despojos, cuando la voz indiscreta de un guarda, resonó bruscamente:

—¡Hay más! ¡Hay más! Allí se ve otra mano... —Y señalaba nerviosamente un lado de la fosa abierta.

—¡No! —exclamó alguien autoritariamente—. Aquí no se ven más.

—Hemos venido llamados solamente para un cadáver—ayudó otro.

Todos los presentes asintieron. El guarda, terco, torpe, insistía; pero pronto un compañero más listo, de un empujón le obligó a callar.

—Arreglad esto bien —dijo este segundo guarda, y cubridlo todo con piedras, apisonando, no sea que algún perro escarbe. —Y guiñó maliciosamente el ojo a su compañero.

Presenciamos la operación de cubrir la fosa abierta y, terminado el trabajo, nos alejamos lentamente.

Acompañados del padre Procurador, que caminaba consternado a nuestro lado, el juez y yo, separándonos del grupo, le interrogamos nerviosamente.

—Era el capitán Ojeda —nos dijo aquél—; persona muy conocida en Burgos. Los demás, no sé.

Y en un rincón del huerto, junto al pequeño cementerio, el cartujo, con acento de dolor y de indignación, nos refirió la historia:

—Hacia ya algunas noches, llegaron varios hombres armados a la Cartuja; conducían unos cuantos presos; sin llamar en la puerta, dieron la vuelta por el jardín y por el muro derruido se internaron en el bosque. El jefe de la patrulla explicó al padre de turno lo ocurrido. Se trataba de una gente peligrosa, izquierdista y atea. El jefe creía con esta acusación captarse la simpatía del cartujo. Venía a que acudiera un padre para recibir confesión a los sentenciados a muerte. El padre no tuvo inconveniente, pero exigió que la petición de confesión partiera voluntariamente de los desgraciados, y no asistir él a la ejecución.

El primero que cayó fué el capitán Ojeda. Era un oficial de reserva y que pertenecía a un partido de izquierdas, como simple afiliado. A presencia de todos ellos se cavó la fosa y se les hizo saber que podían confesar. Alguno accedió, pero el capitán se negó resueltamente.

—Si confiesas con este padre —le dijeron—, te perdonamos la vida.

El capitán tuvo un instante de vacilación, pero entonces el cartujo exigió que se cumpliera la promesa en caso de acceder aquél. Como el jefe le dijera que no lo cumpliría, sino que lo hacían para engañar al capitán, el cartujo se negó a aquella farsa.

Antes de morir, el capitán Ojeda se despidió de sus compañeros con entereza. Colocado ante la fosa y con la patrulla delante, tuvo un movimiento instintivo de horror y se tapó la cara con el pañuelo, no a modo de venda, sino como sudario. Pensó, sin duda, que iba a ser enterrado, y en un detalle macabro marcó su gesto de repugnancia.

Así fueron ejecutados los restantes. Unos se desmayaban, otros, abatidos, pedían una inútil piedad a sus verdugos.

El padre Procurador, al enterarse, advirtió que no toleraría más ejecuciones en aquel recinto. Se le hizo entonces saber que se respetaría el lugar acotado, pero que tendrían que soportarlos en los alrededores, pues era un lugar estratégico admirable y de gran efecto en los sentenciados.

El juez y yo regresamos apesadumbrados, y en el sumario abierto aquel día, hay un título anodino y vulgar, pero cuya verdad e importancia algún día habrá de descubrirse: «Hallazgo de un cadáver desconocido en la Quinta de Miraflores.»

Dos semanas después, una muchacha de diecisiete años y una anciana, vestidas de luto, comparecieron en el juzgado a iniciar el expediente de «desaparición» de su padre y yerno, respectivamente (expediente que se tramitó como otros muchos, con arreglo a un decreto y un procedimiento especial implantados en vista de la cantidad de desapariciones habidas).

Aquella muchachita era la hija del capitán Ojeda.

A partir de aquel día, la Cartuja adquirió, por los enterramientos efectuados en sus cercanías, un prestigio siniestro. La gente mira con horror aquel sitio y ha hecho extensivo su odio a los padres allí residentes. Yo, que conozco su inocencia y su pensamiento, no puedo menos de comprender que alguien designó aquel sitio como lugar de terror para que no se hiciera realidad aquella frase del cartujo: *«Nosotros no necesitamos protección, porque no tenemos enemigos.»*

(Nuevo capítulo del libro *Doy Fe...*, original de Antonio Ruiz Vilaplana.)

Estamos de acuerdo, Mr. V. Bartett

El fascismo estimulado y sostenido por los Gobiernos democráticos

El hecho, por extraño que parezca, no ofrece ya dudas a nadie. Los fascismos italiano y alemán no han prosperado en el resto del mundo a expensas de su propia vitalidad. Mucho menos como consecuencia de sus virtudes, que no existen ni en sus programas ni en sus hombres. Los verdaderos impulsores de ese morbo de la civilización han sido la incompreensión, la tolerancia, el egoísmo y la cobardía de los Gobiernos democráticos. Esa escuela de degeneración humana no pasaba de ser una espectacular y regocijante organización de masas automáticas, sin ideales, sin sentimientos de solidaridad humana, sin solvencia moral; animadas por la declamación teatral y por el desenfado de dos histriones grotescos rodeados de una cohorte de cómitres, aduladores serviles, aventureros sin dignidad y sin escrúpulos, gente de farándula, propensos al *chantage*, a la piratería, al bandillaje, al crimen. En una palabra: un compendio de todo lo que degrada y envilece a la especie humana.

Como botón de muestra de las altas calidades de que pueden enervarse a los ojos de la civilización estos absurdos conductores de pueblos, es del momento hacer resaltar que la mayor parte de sus hombres más preeminentes están tachados de homosexualismo.

Vegetaban estas parasitarias especies de la humanidad entre la indiferencia y la rechifla del resto del mundo, sin que ningún pueblo que tuviera en estima su dignidad les tomara en serio.

Todo su artificioso armazón se habría derrumbado estrepitosamente, por el propio peso de su vacío, por su propia impotencia o por una ridícula pirueta de sus personajes dirigentes, si al iniciar contra algún otro pueblo sus actos de agresión o de rapiña, los Gobiernos democráticos hubieran respondido a esos desmanes con un gesto digno, viril, contundente. En seguida se habría dado cuenta el mundo de que el formidable aparato bélico de que rodean cada una de sus paradas espectaculares esos dos grandes fanfarrones del eje Roma-Berlín, está vacío por dentro. De que todo ello es simulación hábilmente explotada para asustar a los demás pueblos de buena fe.

El procedimiento de abusar de la buena fe de los demás y de provocar a quien se tiene por prudente, ni es nuevo ni es peculiar de esos dos personajes que viven de explotar el miedo ajeno. En todos los tiempos ha habido aventureros, barateros, matones, que han vivido, más que de su valor real, de la tolerancia y de la cobardía de las personas decentes.

En la hora presente, las baladronadas que esos dos histriones lanzan día tras día al mundo en tono apocalíptico, no tendrían más eficacia que la de una formidable máquina de hacer ruido, si el resto de los pueblos libres, dignos y conscientes, se decidiera a destripar la máquina y a ver qué es lo que tiene dentro, entonces se darían cuenta de que, en realidad, el terrorífico armatoste fascista sólo contiene humo, soberbia y cretinismo. Un solo pinchazo de cualquier pueblo digno bastaría para que se desinflara sin más consecuencias.

Pero se ha seguido con estos sistemáticos perturbadores de la tranquilidad y de la paz de los pueblos una política absolutamente errónea y contraproducente. A los actos de piratería y de bandillaje cometidos por ellos contra otros pueblos, se ha respondido con la indiferencia y con la lenidad. A las

provocaciones y amenazas, con explicaciones y complacencias. A las agresiones alevosas y cobardes, con la disculpa, con el silencio o con la aprobación tácita.

Ahora mismo, los Gobiernos democráticos acaban de ceder a una nueva imposición de Mussolini, volviendo al famoso Comité de No Intervención a discutir asuntos que hubieron de sustraerse no ha mucho tiempo a la jurisdicción de dicho organismo, porque allí no se hacía más que perder el tiempo y servir los intereses de los invasores de la España.

Pues bien; si las democracias necesitaran una prueba más acerca de la verdadera finalidad que Mussolini persigue con todas esas estratagemas dilatorias, los proyectiles de sus aviones y de sus cañones acaban de darle bien concluyente bombardeo en estos días de la manera más bárbara las poblaciones de Madrid y de Barcelona, sin ningún objetivo militar, con el propósito de impresionar a su favor a la democracia universal para sacar el mejor partido de todos esos conciliábulos, aunque el hecho haya representado la pérdida de seiscientos a setecientas vidas de personas no combatientes.

Ante esta clase de hechos, que igualan en barbarie a los que en otras latitudes está cometiendo el Japón, las democracias deberían haberse levantado impetuosamente en son de protesta, si tuvieran la debida consciencia de su deber y de su responsabilidad y si no estuviera adormecido en ellas el sentimiento de solidaridad humana. Sin embargo, los republicanos españoles tenemos que registrar, no sin honda amargura, el hecho de que en todo el tiempo que estamos sufriendo las torturas, las atrocidades y los crímenes de la hidra fascista, en el resto de los países democráticos no se ha registrado aún ni siquiera un solo caso de boicot contra esos países que han invadido y arrasado nuestro territorio.

¿Qué de extraño puede tener el hecho de que esos personajes que viven de la debilidad y de las complacencias de los otros, interpreten como síntomas de bravura y de superioridad suyas lo que no son otra cosa que defecciones y humillaciones incalificables de los demás?

Si se sigue contemporizando con ellos y dándoles beligerancia; si se continúa la torpe y suicida política de claudicaciones y allanamiento a sus imposiciones, acabarán por crearse los ámbitos de los destinos del mundo, y lo que hasta aquí no ha pasado de ser simulación diestramente explotada, adquirirá visos de realidad; las amenazas se tro-

carán en agresiones violentas (tengase presente que los más cobardes llegan a los mayores extremos de salvajismo cuando no encuentran quien les haga frente), y lo que, mediante una política adecuada, habría tenido un desenlace de opereta o de vodevil, puede degenerar en tragedia espantosa.

Y pensar que aún en el interior de sus mismos países la situación de esos faranduleros es cada día más insostenible y que sueconómica está a dos dedos de la quiebra! Por consiguiente, bastaría una seria demostración de las democracias para dar en tierra con todo el artificio fascista.

Esta es una carta que fatalmente han de jugarse las democracias. Demorarla es equivalente a dejar que una enfermedad destruya nuestro organismo por no ingerir una medicina o por no someterse a una operación quirúrgica. El miedo hay que pasarlo pronto. Ahora es tiempo todavía de que las democracias impongan la camisa de fuerza a

El Estado Mayor italiano impone a Franco la dimisión del ex Almirante Cervera

GIBRALTAR. — Por algunos vecinos de Algeciras que con frecuencia acuden a esta plaza, se conoce una noticia que es objeto de comentarios en el campo faccioso.

Se trata del ex almirante Cervera, que ejercía las funciones de «ministro de Marina» en la Junta de Burgos. Este ha sido relevado del cargo. Se sabe que Franco a obedecido a las posiciones del Estado Mayor italiano, verdadero gobierno en el territorio en poder de los invasores.

Dicho Estado Mayor, que tiene a sus órdenes un servicio de espionaje, supo que el ex almirante tiene una hija casada con un comandante del ejército inglés, y ante este hecho, que podía suponer una relación familiar, la desconfianza de los invasores obligó a que se prescindiera de sus servicios.

Y Cervera ha regresado a Algeciras, donde residía anteriormente.

esos vesánicos. Si se les sigue tolerando por más tiempo, serán ellos los que impondrán a la humanidad un régimen de esclavitud y de terror.

Que los Gobiernos democráticos midan bien las responsabilidades que han contraído y siguen contrayendo para con la civilización por su incomprensible política de complacencias con estos explotadores y devoradores de pueblos; y que piensen también en que es muy

posible que un día los pueblos que han sido víctimas de esa torpe política, pueden exigirles estrecha cuenta de sus actos.

Las conquistas que la civilización ha logrado a costa de siglos de trabajo, de abnegación y de sacrificios, ni pueden estar a merced de cualquier osado sin solvencia moral, ni se defienden con claudicaciones, subterfugios ni cobardías.

CEFERINO GONZALEZ

Octubre de 1937.

El Comité de Londres continúa perdiendo el tiempo con debates inútiles y no decide nada

«Y después de eso me pedirá usted el reloj, ¿no?—Preguntó Clemenceau a Sonnino, durante la conferencia llamada de la Paz.

No pretendemos que la fórmula del Tigre fuera de buena diplomacia, ni siquiera útil; pero tenía sin embargo otro tono que las repetidas capitulaciones de los gobiernos democráticos frente a las exigencias de la Internacional fascista.

Horroriza pensar que estaban dispuestos a retroceder aún más si Mussolini lo hubiese deseado, y que todavía se muestran incapaces de comprender que podían, por el contrario, sin otro esfuerzo que el de procurar la claridad, y sin el menor riesgo, haber obligado a Mussolini y a Hitler a someterse.

Dicho esto, el palabreo de Londres parece completamente inútil, ya que la capitulación de Francia e Inglaterra es un hecho.

Raciocinar sobre lo que puede pasar delante o detrás de la «cortina de humo» sería burlarse de la gente. Los países fascistas han obtenido lo que deseaban y aún más de lo que esperaban. El resto de la comedia diplomática ya no importa. Las fórmulas y pro-

cedimientos no pueden disimular las lamentables traiciones al derecho internacional y a los intereses nacionales de la Gran Bretaña y más todavía de Francia, puestos en peligro por la agresión extranjera, en España.

Poner término a esa agresión era el problema que en París y en Londres se pretendía plantear como tarea urgente, cuya ejecución no podía sufrir ningún retraso. Es bochornoso observar que un periódico gubernamental, que se dice y que tal vez se cree muy de izquierda se atreve a ufarse de haber sido casi el único en pedir la retirada de los voluntarios o los llamados así y de que, al apoyar la no intervención, ha ayudado a «defender a España».

Esto no es sino otra falsedad. No existe solamente un problema de «voluntarios»; hay otro tan grave, si no más: el de los envíos de material, del que no se habla para nada, cuando precisamente la caída de Gijón viene a subrayar su importancia y a recordar que la pretendida no intervención no ha cesado de dar, desde julio de 1936, considerables ventajas a Franco y a sus aliados de Roma y Berlín.

Pero dejemos esto. Volvamos a lo de los voluntarios.

La cuestión es saber si las gacemorias londinenses y la irrisoria impotencia de la Gran Bretaña, que llevó la batuta y de Francia, con sus veleidades equivocadas, pueden lograr que Italia y Alemania vuelvan a la observancia de las reglas que habían suscrito para violarlas únicamente.

No hay sino una hipótesis posible. Para el duce y para el führer la retirada de las tropas organizadas que han puesto al servicio de Franco no se hará sino después de la victoria que ellos esperan y cuando hayan reforzado y consolidado su dominio de la península y de sus anexos mediterráneos o atlánticos.

Crear que Mussolini está dispuesto a repatriar sus legiones demuestra solamente una ignorancia crasa (o una complacencia interesada) de la situación de Italia. Es preciso no saber nada de lo que allí pasa para considerar posible semejante solución; no comprender nada del fascismo para suponer que el duce acepte lo que sería un terrible golpe a su prestigio; no conocer nada de los objetivos políticos del eje Berlín-Roma para pensar que los fascismos renuncien (mientras los países amenazados dejan hacer) a desarrollar la guerra indirecta, la guerra-ersatz que han querido organizar y surten con material y hombres, y que se consiga de ellos la renuncia voluntaria a sus fines más concretos: la creación de plazas de armas y el establecimiento de trincheras con miras a otra guerra más amplia cuya preparación les permitiera.

Esto es todo lo que tenemos que decir acerca del debate de Londres. Si parece que estos amargos pensamientos se aplican más que al propio fascismo a los que, voluntariamente o no, hacen el juego a éste ¿de quién es la culpa? ¿Y en nombre de qué se nos reprocharía el señalar tan envilecedora hipocresía?

M. HARMEL

(«Le Peuples», 23-X-37.)

Una carta de Gabriel Peri al presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros

Nuestro camarada Gabriel Peri, vicepresidente de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara, ha dirigido la siguiente carta a M. Mistler, presidente de aquella Comisión:

«El rápido desarrollo de los acontecimientos internacionales durante estos últimos días, ha ocupado la atención de los miembros de nuestra Comisión. No hay duda de que la amplitud de la intervención fascista en España crea un gran peligro para la paz internacional y la seguridad francesa, ante el cual me parece imposible que los miembros de la Comisión no digan lo que sientan.

Los desembarcos en masa de tropas italianas en España, la ocupación de las islas situadas entre las Baleares y la costa, las negociaciones realizadas por Nicolás Franco en Roma, y las decisiones mismas del Comité de Londres,

cuyo resultado más evidente amenaza con paralizar a las potencias pacíficas frente al agresor, el peligro que desde ahora corren las líneas de comunicación de Francia, las detenciones de barcos franceses, a pesar del acuerdo de Nyon, y, en fin, el anuncio de una próxima ofensiva italiana en Madrid, después de la caída de Gijón, producen, indudablemente, aquella ruptura del equilibrio que, según declaró en Ginebra el ministro de Negocios Extranjeros, creará una situación intolerable para Francia y para la paz.

Creo que es urgente la discusión de estos graves problemas, y estimo que nadie puede negarse a ella. Así, tengo el honor de proponer, para antes de que se reanuden los trabajos parlamentarios, la convocatoria urgente de la Comisión de Negocios Extranjeros.»

(«L'Humanité», 22-X-937.)